

el estilo, sino un hombre que llora la muerte de un heroe que estima, y el dolor y el afecto le hacen prorrumper en aquellas tan justas y naturales moralidades. Por lo qual es preciso confesar que Bossuet y Flechier son los príncipes, y estoy por decir los unicos oradores que se han distinguido en las oraciones fúnebres. Mas sequiaces y emulos ha tenido Bourdaloue en los sermones morales; pero entre todos ellos conserva singular credito en la posteridad el pio la Columbiere, quien, ademas de la correcta diction, y de la doctrina y exáctitud de pensar, respira una sencilla piedad, y una, por decirlo así, hombría de bien, que evitando toda apariencia de pretension de sujetar la mente y el corazon de quien le oye, hace que los oyentes admitan con mayor facilidad lo que les quiere presentar. Su pia y devota alma se difunde en sus oraciones, y se manifiesta en amable semblante á los ojos de los oyentes, y no persuade menos hiriendo el corazon, que ilustrando el entendimiento. La devoción, el sentimiento y el

afec-

La Colum-
biere.

féto, hacen que se lean con provecho y con gusto los sermones de Cheminai.^{Cheminai.} Mascaron, la Rue y otros oradores, que florecieron entónces, prueban que universal se habia hecho en poco tiempo en el pulpito frances la cultura, y el buen gusto de la eloqüencia. Pero entre tanta multitud de predicadores célebres, adornados unos con una prenda oratoria, y otros con otra, no se encuentra un noble competidor, y digno rival de la gloria de Bourdaloue. Compareció hácia fines del siglo Massillon,^{Massillon.} y obtuvo gloriosamente el honor de entrar á la parte con él en el principado oratorio, y sentarse á su lado en el mismo solio. Los sermones de Massillon no tienen aquella portentosa vastedad y distribucion de planes, aquel raudal de doctrina, y fondo de Escritura y de santos Padres, aquella continua é irresistible dialectica, aquel rapido y constrictivo estilo, aquella viva y energetica eloqüencia, que hacen tan varoniles, fuertes y poderosos los sermones de Bourdaloue; pero sin embargo gozan de

Tom. V. Kkk una

una bella recompensa en la facilidad, evidencia y claridad de las pruebas, sacadas de nuestras costumbres, y de nuestro corazón, y que se hacen sentir y tocar con la mano de los mas sencillos lectores, en el íntimo conocimiento del corazón humano, del que desenvuelven hasta los mas secretos pliegues, en la fina y delicada exposición de las pasiones, en la dulce insinuación, en el estilo puro y correcto, noble y penetrante, y en todas las prendas de una eloquencia dulce, afectuosa y patética. No se emplea en argumentar, y convencer al entendimiento con estrechos ratiocinios; sino que busca directamente las costumbres, penetra hasta lo mas íntimo del corazón, y persuade, convence y concluye con las dulces y sinceras persuasiones de una ternura christiana. Su eloquencia no tiene aquella magestad, y aquella fuerza, que causa respeto, que sujeta, que humilla; pero está llena de unción y suavidad, interesa, hierre y conmueve. Muchos se han tomado el erudito divertimento de comparar á Bour-

Bourdaloüe con Massillon; y aunque el nombre de Bourdaloue, como el primero que ha entrado en el verdadero camino del sagrado pulpito, se haya hecho de algun modo el nombre de la misma eloquencia sagrada; no faltan sin embargo muchos que en su corazón, y algunos tambien publicamente, den la preferencia á Massillon. D' Alembert en el elogio de Massillon parece inclinarse, como es natural en un panegirista, á dar la preferencia á su heroe; pero no se atreve á hacerlo abiertamente. Nos abstendremos, dice, de darle una prehemencia que los jueces graves y autorizados querrian contrastarle: la mayor gloria de Bourdaloue consiste en que la superioridad de Massillon sea disputada todavia. El uso mas frèquente que he hecho de Bourdaloue, á quien he leído, y vuelto á leer mucho antes de conocer á Massillon, el haber estado unido con vinculos de confraternidad para mí muy apreciables y sacrosantos, y la veneracion y el aprecio del ingenio y del saber de Bourdaloue,

Kkk 2 que

que reputo muy superior al de Massillon, me estimulan á poner la corona oratoria en la frente del padre y maestro de la verdadera oratoria sagrada. Pero una cierta conformidad en el gusto, y una inclinación natural al sentimiento y al afecto, en que veo reynar sin contradicción á Massillon, me arrastran dulcemente hácia aquel tierno y patético orador. Si todo el oficio del orador, como creían algunos célebres autores segun dice Quintiliano (a), se reduce á ilustrar, instruir y convencer al auditorio, si en la eloquencia se desea principalmente la solidez del racionio, y la fuerza del convencimiento, ¿como podrá contrastarse á Bourdaloue el principado oratorio? ¿Y quien querra entrar con él á competencia en el nervio, en el vigor, en la vehemencia y en la fuerza de un convincente racionio? Pero si la dulzura y la insinuacion, si el sentimiento, el afecto y la conmoción, constituyen la parte principal de la eloquencia sa-

(a) Lib. V. Praef.

grada, ¿porque no podrá pretender el primer lugar su digno rival Massillon? Los sermones de Bourdaloue están llenos de doctrina y de ingenio, agotan la materia que tratan, y no dexan ningun asilo al oyente mas obstinado y caviloso; pero cabalmente por esta misma plenitud y profundidad no es facil que los entienda el pueblo, y requieren un docto y atento auditorio, que pueda seguirlos en la precisa y justa exposicion de la doctrina, y en los convincentes y continuos racionios que contienen con abundancia. Los sermones de Massillon con razones faciles y sencillas buscan mas las costumbres, están llenos de afectos, y por decirlo assi, convencen el corazon, é introducen por este medio en el ánimo las verdades que se proponen enseñar; y de aqui proviene que sean mas populares, se hagan gustar de todos con mas facilidad, y puedan mejor llamarse verdaderos sermones; quando los de Bourdaloue podrá parecer á algunos que tienen cierto ayre de discursos teologicos. Por lo qual creo decidir con bastante exactitud, si dan-

dando la prehemencia, ó superioridad á la grande alma, y á la copiosa y fuerte eloqüencia de Bourdaloue; aconsejo á los oradores que estudien con continúa atención, y con respetuosa veneracion sus portentosos sermones, pero que sigan con preferencia la fina vulgaridad, el penetrante estilo y el dulce y eficaz modo de predicar del delicado y noble Massillon; y recomendaré á uno y á otro como los mas acabados exemplares, y perfectos maestros de buenos predicadores. Pero quan ufana y triunfante no podrá estar la eloqüencia francesa contando ademas de Cheminai, la Columbiere, Flechier y tantos otros ilustres predicadores, tres soberanos príncipes de la oratoria sagrada Bossuet en las oraciones fúnebres, y Bourdaloue y Massillon en los sermones: Bossuet el orador de la imaginacion, Bourdaloue de la razón y Massillon del corazón, noble y único triunvirato, qual no puede presentarlo la eloqüencia griega ni la romana, y que no da menos credito á la literatura francesa que el contem-

po-

poraneo, y tan justamente celebrado triunvirato de su teatro, Corneille, Moliere y Racine. Séame licito observar aqui la extraña combinacion de la coetanea gloria del pulpito y del teatro en las naciones modernas. Quando el teatro español en el corrompimiento del buen gusto se hacia oír con aplauso en las mas cultas regiones de Europa, los predicadores españoles eran igualmente buscados de todas las naciones: despues que Corneille, Moliere y Racine elevaron á mas alto honor el teatro frances, Bourdaloue, Bossuet y Massillon dieron á su pulpito el mismo esplendor; y ahora que los Franceses se dan á traducir los dramas ingleses, tributan tambien excesivas alabanzas á los sermones anglicanos. Tal vez la conformidad en lo popular de la eloqüencia sagrada, y de la poesia teatral habrán hecho seguir á una y á otra los mismos caminos, y hacer los mismos progresos. Pero sea de esto lo que se fuese, lo cierto es, que despues de Massillon ha decaido mucho la gloria del pulpito frances, aunque no le han faltado

va-

varios sugetos que procurasen cultivarlo con ardor. El Padre Griffet ha escrito sermones bastantes timables por el estilo tierno y natural; pero no tales que puedan pasar con particular credito á la docta posteridad, ni estar al lado de su ascetico libro del *Exercicio de piedad para la comunión*, lleno de la mas sólida devoción, y de la mas suave y penetrante ternura. El unico que ha obtenido particular celebridad ha sido el P. Carlos de Neuville, cuyos sermones merecen ciertamente muchos elogios por la profundidad de los pensamientos, y por la nobleza y elegancia con que están expuestos; pero no me satisfacen enteramente por la excesiva copia de imagenes y de expresiones, con que el autor viste de muy diversos modos la misma idea, y la presenta en todos los aspectos diferentes que puede tener, con lo que, en mi concepto, relaxa y enerva su oracion, y me parecen algo huecos sus sermones, aunque justos en los racionios, y llenos de hermosas imagenes, y de nobles, vivas y elegantes expresiones. No goza tan
 ilustr-

Neuville.

ilustre fama como el P. Carlos, el P. Pedro Claudio de Neuville, cuyos sermones veo sin embargo celebrados por algunos franceses: alabanse tambien los sermones del abate Poulle: recomiendase el estilo puro, la dulce mocion y el candor amable de los sermones del P. Eliseo: actualmente están tenidos en aprecio Jacquin, de Beauvais, Maury y otros pocos; pero sobre todos veo alabado á Boismont, de quien dice d' Alembert, que ha sabido unir en las oraciones fúnebres la eloquencia con la delicadez, y la elevacion con la sensibilidad, y de quien solo he leído un corto fragmento de una oracion, que realmente parece de una sólida y noble eloquencia. Mas con todo ninguno de estos ha llegado á adquirirse un credito universal, ni se ha hecho leer y estudiar de los extrangeros: y no habiendo yo podido ver las producciones de su eloquencia me abstendré de hablar mas de ellas, observando unicamente, que se oyen tantos lamentos contra los juegos de ingenio, y el amor al nuevo estilo, introducido con

sobrada importunidad en el pulpito frances, que es preciso confesar que la oratoria sagrada ha perdido mucho de su esplendor en la Francia. La eloquencia sagrada ha tenido y tiene en Francia otro fértil campo, donde ha cogido muchos sazonados y sabrosos frutos. Este es el de las cartas pastorales de los obispos, en las cuales con ternura paternal y con episcopal gravedad esparcen á sus pueblos los tesoros de la doctrina evangelica, y los conducen por rectos caminos á una sana moral. La superioridad del que escribe, la condicion de las personas á quienes escribe, y la seriedad de la funcion que exerce en el acto de dirigir tales cartas, obligan al escritor á una natural, sólida y grave eloquencia. El mismo Flechier, que en las oraciones sagradas manifiesta excesivo deseo de ostentar ingenio, en las cartas pastorales no respiró mas que sencilla y llana gravedad, y tierna y devota solidez: y en estos tiempos, en que la afectacion y el estudio del estilo se ha introducido en los sagrados pulpitos, las cartas pas-

Cartas pas-
torales.

pastorales han conservado la correspondiente claridad y la noble sencillez. Son tantas en esta parte las piezas verdaderamente eloquentes, que sería difícil nombrar algunas con preferencia á otras, y señalarlas con particular distincion; y así solo diré en general, que despues de Bossuet, y de Flechier se ha hecho quasi comun á todos los obispos de Francia el buen gusto, y el verdadero estilo de las cartas pastorales; y que viniendo particularmente á nuestros dias, el difunto arzobispo de Paris Beaumont ha escrito cartas pastorales, que le han hecho aclamar por un nuevo Atanasio: el obispo de Puy Franc de Pompignan ha manifestado no menos eloquencia que verdadera filosofia y erudicion en las instrucciones pastorales sobre la pretendida filosofia de los incredulos modernos: el arzobispo de Leon, en otras semejantes sobre la verdad del christianismo, ha hablado con tanta eloquencia y claridad, que ha obtenido los elogios de los mismos incredulos que combate: las cartas pastorales del

LII 2

obis-

obispo de Lisieux están llenas de sensibilidad y de devota mocion: las del arzobispo de Tolosa manifiestan el celo, la doctrina y la paternal caridad, juntas con una fluida, grave y magestuosa eloqüencia: y generalmente casi todos los obispos de Francia tienen laudables prendas de eloqüencia sagrada, y escriben con solidez y con mocion, con puro y noble estilo; y quando casi toda la eloqüencia francesa pasa de la noble sencillez, y de la llana elegancia de sus anteriores y célebres maestros á las falsas brillantesces, á las ininteligibles xergas y á una pueril afectacion de ingenio, las cartas pastorales se han mantenido lejos de este mal, y conservan la sincera y sólida eloqüencia. El uso de hablar los obispos en tales cartas sin estudio de eloqüencia, con paternal confianza, y con sencillez christiana, mantiene en estos escritos la verdadera eloqüencia, que pierden las piezas oratorias por el excesivo cuidado de buscarla; por que no hay cosa que tanto perjudique á la verdadera eloqüencia como el deseo de

com-

comparecer eloqüentes. Y es preciso confesar, que las cartas pastorales dan un nuevo ornamento, y añaden nuevo lustre á la eloqüencia francesa.

Tantos excelentes sermones, panegiricos, oraciones fúnebres y cartas pastorales hacen que se enamoren de la sagrada eloqüencia francesa los extrangeros de buen gusto, que saben leerlas con perspicaces y eruditos ojos. Pero es una infeliz debilidad de la naturaleza humana el que no sepamos permanecer en lo bueno sin que nos cause fastidio, y que las mejores cosas nos sacien luego, y nos den hastio. En vez de complacerse y embelesarse los modernos Franceses con tan ilustres monumentos de la eloqüencia de sus célebres nacionales; en vez de apacentarse y deleytarse con su lectura; en vez de alabarlos y proponerlos por exemplo á todas las otras naciones, se ponen á recomendar, ensalzar y presentar por modelos á sus oradores sagrados los sermones de sus rivales los Ingleses, que no tienen derecho alguno para competir con ellos

en

Eloqüencia sagrada de los Ingleses.

en esta parte. ,, Solo Massillon, dice Voltaire (a), pasa hoy en dia entre las personas de buen gusto por un orador capaz de agradar; pero á los ojos del resto de la Europa quanto no dista todavía del arzobispo Tillotson! " Hemos visto en estos años la admiracion, y estoy por decir el fanatismo que han causado en Francia los sermones de Blair, traducidos desde luego en frances, y honrados en pocos meses con once, y tal vez mas ediciones diversas. Pero los extranjeros imparciales; cómo podrán aprobar esta anglomania de los Franceses en punto de oratoria sagrada? Bourdaloue y Massillon no necesitan deprimir la gloria de otros para ensalzar la suya, ni querremos nosotros fundar su honor en los defectos de los otros, sino en sus propias prendas. ¿Pero como hemos de alabar á los predicadores ingleses en comparacion de los franceses, y como hemos de dar la preferencia á Tillotson en competencia de Massillon?

(a) *Ep. dedic. á Monsieur le Comte de Launeguais.*

sillon? ¿Y qual es aquella parte de Europa que tiene á Massillon por inferior á Tillotson, como parece que quiere creerlo Voltaire? Los predicadores ingleses que yo he leído tienen buen gusto, sólidos pensamientos y máximas útiles expresadas de un modo puro y natural; pero no tienen calor y energía de estilo, ni fuerza é impetu de eloquencia. Particularmente de Tillotson, reconocido por Voltaire como tan superior, no solo á los otros oradores franceses, sino al mismo Massillon, dice en una de sus lecciones de retórica Blair, juez nada sospechoso en esta materia (a), que si por eloquencia se entiende el calor y la energia, las descripciones pintorescas, las figuras naturales, y el orden de las palabras, no es él eloquente; que su estilo es puro y claro, pero descuidado, y muchas veces debil y languido, y que Tillotson será siempre reputado como escritor sencillo y amable, pero no como modelo de eloquencia sublime. Y

(a) *Lectur. on Rhet. and Belles Lett.*

á la verdad los sermones de Tillotson le-
jos de parecer superiores á los de Massillon,
apenas parecen verdaderos sermones, pu-
diendo llamarse tal vez con mas razon
catecismos ó tratadillos espirituales, que
piezas oratorias: ellos es cierto que desen-
vuelven, exponen y prueban á veces lo
que quieren; pero jamas mueven, ni per-
suaden, ni tienen prenda alguna de elo-
qüencia oratoria; y si alguna vez quieren
elevarse á mayor sublimidad, caen desde
luego en lo hinchado y hueco, y hacen
mas sensible y desagradable la desigualdad
de la oracion. El uso de dogmatizar en
los sermones induce muchas veces á Ti-
llotson á declamar contra los católicos, y
aún tiene algun sermón dirigido todo con-
tra ellos; y particularmente en el de la in-
certidumbre de la salud en la Iglesia ro-
mana descubre mucho su acrimonia con-
tra los católicos, y está muy lejos de aque-
lla manera de escribir, que quiere con-
cederle Blair, que *caracteriza*, esto es la
bondad y pureza de su corazon. Gilberto
Burnet, obispo de Salisbury, y orador
fú-

fúnebre de Tillotson, dista mucho en su
oracion de la viva y patetica eloqüencia
de Bossuet, para que de algun modo pue-
da compararse con él; pero manifiesta
sin embargo aquella eloqüencia que basta
para poder estar al lado de su heroe Ti-
llotson. Mas universal credito ha adquiri-
do Clarke, otro orador ingles, y el único
que entra á la parte con Tillotson en
la gloria de la oratoria sagrada; pero los
sermones de Clarke mas son disertaciones
ó instrucciones de parroco, que sermones
eloqüentes. Clarke es mas metafisico que
orador; del mismo modo que Tillot-
son, si aspira alguna vez á ser sublime,
se hace declamador; y tanto Clarke co-
mo Tillotson han hecho mas estrepito
que impresion en los oyentes, y sus ser-
mones han servido mas para su reputa-
cion, que para la reforma de las costum-
bres, y para el adelantamiento de la elo-
qüencia. El gracioso Swift (a) observa al-
gunos defectos de los predicadores ingle-
ses

Tom. V.

Mmm

ses

(a) *A lett. to á Young Clergyman.*